

## POEMAS DE MEDITACIÓN

No conocía, hasta la lectura de este libro, la poesía de Dionisia García. Es posible que me haya tropezado con su nombre en alguna revista, en algún comentario leído en ésta o aquella publicación, pero mi memoria no lo retenía bajo ningún aspecto. Mas he aquí que, de repente, apenas leídas las primeras páginas de *Antifonas*, comienzo a descubrir un mundo poético propio —cualidad principal en todo autor—, una madurez lingüística admirablemente conseguida y una sensibilidad que adelgaza y embellece cuantos temas aborda. Y se comprueba la madurez literaria de Dionisia García, se contrasta, se confirma en que el tono de su libro —su *garra*— se mantiene del principio al final, en que su andadura lírica nos va sorprendiendo página tras página, con nuevas panorámicas, con incentivos continuados.

Desconocía, como digo, la presencia de Dionisia García en la nómina de nuestra poesía actual y, sin embargo, ya había publicado un primer libro con anterioridad a *Antifonas*. Un libro —*El vaho en los espejos*— del que se habían ocupado poetas y críticos como Jorge Guillén, Mariano Baquero Goyanes, Carlos Murciano, Juan Ruiz Peña, Ángel Leyva y María Cegarra Salcedo, entre otros. Por supuesto, todos ellos coinciden en una valoración altamente positiva del mencionado poemario. Jorge Guillén, por ejemplo, dice que «estos poemas de meditación ambiciosa me interesan porque pretenden —y nada más noble— alcanzar, aprehender el sentido del mundo en su conjunto, a nivel de poesía; a través de lo concreto, sentido, intuido». Para Baquero Goyanes, *El vaho en los espejos* no parece en verdad un primer libro, sino que suena «a obra madura, a expresión bien contenida y sedimentada».

Pues bien, dichas opiniones *conectan* plenamente con las impresiones que uno guarda tras la lectura de *Antifonas*; aunque ahora, como es natural —y lo confirma Francisco Alemán Sainz en el prólogo—, su lenguaje ha entrado en una fase de más evidente maduración, dando una mayor consistencia y sustantividad al poemario; no obstante, partiendo de los mismos presupuestos, de la misma visión intuitiva —recreadora— de la vida y de las cosas: «Las voces repitieron: / no ha fenecido el tiempo de la rosa». Así comienza el primer poema del libro, en el que también se dice que hay que apretar la esperanza con poderosas manos, porque siempre habrá una manera de ilusionada recreación del mundo para quienes de verdad amen la vida y vean más allá de las contrariedades. Para Dionisia García, mujer de gran temple espiritual, la poesía no es otra cosa que un medio de penetrar en el misterio del dolor humano y de esclarecer los paisajes de la esperanza:

Mueren las tardes,  
susurran los poetas,  
sin pensar que hierve la hermosura,  
y que un instante apenas  
puede cubrir todas las existencias.

(página 52)

Todo el volumen, como su título indica, está compuesto a base de antífonas, es decir, de poemas breves, concisos, de arquitectura variada. Predominan las composiciones heptasílabas, quizá las más sutiles y penetrantes de todo el poemario, alternando con otras de versos de muy diversas métricas y rimas. Aquí la antífona sale de su tradicional condición y sentido religioso, para convertirse en cántico lleno de contenido humano, en descripción lírica de un mundo, de unas vivencias, de unas aspiraciones metafísicas, de unas interrogantes donde la autora agolpa todos sus contenidos asombros, todas las dudas que el diario vivir le impone:

¿Por qué ha de ser así?  
¿Por qué el mal  
y la decrepitud?  
¿Por qué la náusea  
el talador pagado  
de otras vidas?

(página 99)

Preguntas apretadas, tensas, encaminadas siempre al descubrimiento de la luz, que llega, inesperadamente, tras el recodo de cualquier poema, en cualquier rincón de estas albriciadoras antífonas.

En dos partes —libros I y II— queda estructurado el volumen, ilustrado con cinco espléndidos dibujos de Párraga y portada de Sánchez Borreguero. En la primera parte, Dionisia García desarrolla una serie de temas quizá más esencialmente poéticos, más entroncados con su propia visión metafísica de la realidad. Se trata de una serie de *antífonas* donde apenas hay *argumento*, en las que la autora intenta aprehender —recordemos de nuevo a Jorge Guillén— «el sentido del mundo en su conjunto». Son éstos unos poemas apoyados esencialmente en el lenguaje, desde el que cobran hondura y trascendencia, desde el que se proyectan hacia otras sensibilidades gemelas donde explotar su intensa carga de amor y comprensión. Otra cualidad de la poesía, de esta poesía —significada muy principalmente en esta parte de *Antífonas*— es que escapa de la barrera de los sexos, es decir, que si le quitamos la firma de la

autora, no sabríamos fácilmente si ha sido escrita por una mujer o un hombre, pues así de esencial, de sustantivamente, va al fondo de las cosas.

En la segunda parte —libro II—, Dionisia García hace referencia a un largo viaje realizado por varios países, ofreciéndonos sus impresiones vividas a lo largo del camino, convirtiendo en material lírico todo cuanto ha visto y sentido. Como ya se ha dado a entender anteriormente, puede que en estas páginas se preste —también el tema lo requiere así— mayor atención a la anécdota, a la historia que hay dentro de los poemas, pero sin excederse, tascando los frenos de su derramamiento poético, poniendo su talento literario en función de una gran exigencia lírica. Lugares como Londres, Jerusalén, Corinto, Judea, etc., son vistos desde una perspectiva eminentemente subjetiva, recreados en una imagen nueva, llena de sugerencia. Así nos dice de Jericó:

La sombra de los árboles  
cede la majestad  
al bíblico sicomoro,  
que permanece intacto  
entre el tiempo y la historia.

En definitiva, pues; queda claro que nos hallamos ante un libro en verdad interesante, publicado sin ningún tipo de ambición publicitaria, más bien con un cierto regusto provinciano, pero que evidencia una voz poética con la que hay que contar.

José López Martínez  
Sobre *Antifonas*

*Nueva Estafeta*, nº 18, Madrid, mayo de 1980, pgs. 61-62